

## JUAN RAMON, PREMIADO

**L**LEGARON a España las noticias como dispuestas para preparar la tragedia del hombre-poeta. Primero, los altos honores de haberse concedido a Juan Ramón Jiménez el Premio Nobel (25 de octubre de 1956). Razones, si tales podía haber para el caso: «por su poesía lírica que en lenguaje español constituye un ejemplo de elevado espíritu y pureza artística». Después, se supo la muerte de su mujer, doña Zenobia de Camprubí (28 del mismo octubre), derribada por esta enfermedad de los tiempos modernos, que es como si el cuerpo se deshiciese por no seguir llevando el alma atormentada. Juan Ramón, en soledad entera. Juan Ramón, en las páginas de los periódicos haciéndose un hueco entre las tremendas noticias, atisbos de guerra que se avergüenza de su solo nombre, otra vez sangre, sudor y lágrimas. Tronante ambiente, gritos de libertad, incendios y bombas. ¡Qué opuesto todo a la obra de Juan Ramón, sobre todo la última, inspirada, concebida y escrita cerca del amoroso cuidado de Zenobia, desasosegada siempre porque las espinas de este mundo nuestro no punzasen la sensibilidad del poeta! Hasta el punto de que hace poco temíamos por Juan Ramón. Llegaban cartas de Zenobia: el poeta estaba abatido, sobre la cama del hospital, y las noticias de España eran para él una alegría. Zenobia fuerte, velando al eterno herido, tocado siempre por la poesía. Y al cabo, el desenlace invertido: el poeta solo, y ella caída. En este orden de tragedia aconteció todo, y ahora con las prisas de la noticia que no puede esperar, escribo estas líneas precipitadamente.

Trazar la biografía del poeta no es ocasión ni explicaría mucho más de lo que sabemos. Para tratar de su obra no resulta esta la ocasión propicia, y menos en una revista literaria, en donde cualquier esbozo del tema había de llenar muchas páginas<sup>1</sup>. Digamos algo de los motivos que formuló la Academia Sueca para otorgar el premio. Observemos que se menciona allí el «lenguaje español». Es un acierto tal mención, pues la obra de Juan Ramón Jiménez tiene una reconocida transcendencia como hecho de lengua. En cualquiera de las formas de su obra, Juan Ramón es un maestro del castellano, lo que en el recto sentido hemos de llamar un «clásico» de la lengua. Y lo es para todos los que hoy se

valen del español para su expresión, que son muchos y extendidos por todas partes. En una lengua como la nuestra, si se quiere que se mantenga la tradición con cuanto ésta implica, es necesario que haya en todo tiempo poetas de la medida de Juan Ramón Jiménez, que acompañen con su maestría la expresión común. Y con los poetas, escritores de toda suerte, unos, creadores, novelistas y autores de teatro, y otros, eruditos, críticos e investigadores. Hemos sido afortunados en esto, y el Premio Nobel no es sino un reconocimiento (¡parcial y tardío!) de este poder creador del espíritu español sobre el viejo solar hispano. Los críticos han testimoniado esta potencia poética. Así Dámaso Alonso lo ha señalado varias veces: «...en ese período de 1920 a 1936 confluyen dos poderosas generaciones poéticas en actividad: una, la de los maestros: Unamuno, los Machados, Juan Ramón; otra [la de 1920-1936: García Lorca, Salinas, Guillén, Alberti, Gerardo Diego, Aleixandre, Cernuda, etcétera, y el propio Dámaso Alonso]. Hay que ir al Siglo de Oro... para encontrar algo semejante a la confluencia de generaciones poéticas en la que hemos vivido... Podemos estar contentos: hemos tenido la fortuna de vivir en un período áureo de la literatura de España»<sup>2</sup>. Por eso había este año tantos nombres españoles, todos con méritos sobrados para obtener el premio. Se hablaba de Pío Baroja, que se nos fue el 30 de octubre de 1956. De Baroja se hará esperar un progresivo reconocimiento de su maestría en el arte de la novela. (Ya declarado en principio en las primeras palabras del recuerdo necrológico: «Me parece un gran maestro de la novela española, el más grande después de Galdós», Ramón Pérez de Ayala; «con Pío Baroja perdemos al primero de nuestros novelistas contemporáneos», Melchor Fernández Almagro). Se hablaba también de don Ramón Menéndez Pidal, con su cuidadosa obra de erudición, su crítica siempre comedida y justa de nuestra literatura escrita y tradicional. Había entre ellos dónde escoger con méritos bastantes, y hacía tiempo que no se daba a la lengua española (y en la lengua van la tradición y los escritores presentes) el lugar que merecía. Así lo indicó el mismo secretario de la Academia Sueca al anunciar la concesión del premio a Juan Ramón Jiménez: «Para la Academia Sueca ha sido una satisfacción especial hacer del Premio Nobel de este año un tributo a la literatura española, que por varias razones ha tenido poco éxito en esta competición internacional. Han pasado treinta y cuatro años desde que se concedió el último Premio Nobel a un español, el dramaturgo don Jacinto Benavente. Por ser un soñador idealista, Juan Ramón Jiménez representa la clase de escritor a quien Alfred Nobel gustaba apoyar y recompensar. Representa la orgullosa tradición española, y haberle concedido el laurel es también laurear a Antonio Machado y a García Lorca, que son sus discípulos y le elogiaron como un maestro».

He aquí, pues, una declaración del valor universal de este andaluz. Por él participa la tierra—la Andalucía de solera y solar—de la gloria del premio. Con la fuerza que le da el prestigio de la Institución ha sonado esta noticia, que los periódicos de todas partes han publicado. Con ello se consigue (y éste es el sentido espiritual del premio) que crezca la curiosidad por el poeta, por su obra, que se le lea en la lengua española y se le traduzca. Y con él va la tierra de su corazón: Andalucía. Como dice con acierto Dámaso Alonso: «Son los zumos más secretos, más delicados, los menos aparentes, de Andalucía, los que en su verso español llegan a total expresión de anhelos universales». El secreto de la tierra, no las apariencias de fuera, sino la verdad, y esta realidad—solar y espíritu—tiene en Juan Ramón su intérprete universal. Y el secreto, la verdad, sólo la han conocido unos pocos, aquellos que por instinto echaron de lado las apariencias, la hojarasca facilona que del suelo feraz se había alzado. La tierra había de quedar sólo con la buena semilla y el olivo y con las gentes que vivían sobre ella según una verdad tan radical—de raíces—como esa semilla en trance de arraigo o como el olivo, cargado de la aceituna. El milagro de Juan Ramón es que estos pocos «adivinatorios» vayan siendo cada vez en mayor número, que por su obra entren en este secreto, gusten de esta verdad interior, la esencia eterna de Andalucía, que al cabo es una forma de vida poética.

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA

Universidad de Sevilla.

1. Véase a este propósito el más reciente e importante estudio de conjunto de la vida y obra del poeta, escrito por GRACIELA PALAU DE NEMES, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez* (Madrid, Gredos, 1957). Parte de un estudio mío sobre *Animal de fondo*, el libro del poeta impreso en 1949, apareció con el título de *En el tercer camino*, en «Clavileño», IV (1953), núm. 23, págs. 47-54.

2. *Poetas españoles contemporáneos* (Madrid, Ed. Gredos, 1952), págs. 191-192.